

Viajeros por las Islas Canarias (39)

Nicolás González Lemus

Harold Lee y su mirada sobre las islas

Harold Lee vino a Canarias (visitó solamente Tenerife y Las Palmas, además de Madeira) recién inaugurado el *Grand Hotel* del Puerto de la Cruz a finales de 1886¹, y en su libro *Madeira y las Islas Canarias (guía para turistas)*², conoció dos ediciones, una en 1887 y la segunda en 1888. En él nos informa de las condiciones climáticas, las diferentes maneras de viajar al Archipiélago, las costumbres y formas de vida de los isleños y da una detallada información referente a los hoteles de las Islas. La segunda edición se la corrigió el doctor Mordey Douglas, por eso se la dedica a él, bien conocido en Tenerife por la polémica que suscitó su defensa del clima de Las Palmas Gran Canaria como el más idóneo para el establecimiento de un *health resort*. Douglas estableció un pequeño hotel familiar de los más sobresalientes de Santa Cruz. Tras su fallecimiento, lo continuó regentando su señora viuda. La señora Douglas supo crear un ambiente de intimidad donde ella misma atendía a los huéspedes. Precisamente recibía un número muy limitado y cobraba £3 y 3 chelines a la semana, alrededor de unas 80 pesetas. Muy probablemente éste era el hotel inglés, conocido por *Clarke's Hotel*, que menciona Harold Lee y que luego las guías de Brown y Ellerbeck, respectivamente, recogen bajo la atención de la señora Douglas.

Lee agradece enormemente la inauguración de las dos líneas navieras que realizaban la ruta desde Liverpool con dirección a la costa occidental de África y hacían escala en las islas de Gran Canaria y Tenerife, además de Madeira: la African Steamship Co. (A.S.S.) y la British and African Steam Navigation Co. (B.A.S), representadas por Alexander Sinclair y Elder, Dempster and Co., respectivamente, y que adquirieron tanto protagonismo que tuvieron una notable influencia en el traslado de viajeros a puertos isleños, además de estadia por avituallamiento. La B.A.S., de la Elder, Dempster and Co., propiedad de Alfred Jones, tenía en su poder el hotel Metropol en Las Palmas de Gran Canaria, y Alexander Sinclair, con representación en Londres, trabajaba con la Compañía de Hoteles y Sanatorium del Valle de La Orotava. Los barcos permanecían pocas horas en Funchal y Santa Cruz, lo suficiente para cargar y descargar, y los visitantes de tránsito tenían tiempo de echar una ojeada, comenta Harold Lee. Algo más de tiempo permanecía en Las Palmas, que habrá tenido una visión mental de las islas como un todo³.

Harold Lee es uno de los pocos británicos que hicieron el viaje por agrado o aventura, aunque en el ánimo de él —como el de todos— estaba el conocer las Islas. No vino por razones de salud, aunque se ocupó de registrar las temperaturas de Las Palmas, Santa Cruz y el Puerto de la Cruz, sino es de esos viajeros comparables a Richard Francis Burton, quizá el explorador, viajero y aventurero que más destacó durante esta época, Charles Edwardes, Thomas Brassey, Isaac Latimer, John y Olivia Stone, entre otros. Se ocupó de muchos aspectos de la vida insular.

Prestó atención a la vida doméstica de los miembros de la elite isleña, fundamentalmente de las mujeres. Por su interés nos detenemos en ella. Como en el resto de España, de las mujeres se esperaba que se casaran y que no desempeñaran actividades públicas⁴. Recibían una educación acorde con estas expectativas y vivían en permanente reclusión, pues en ningún momento se le atribuía a la mujer otro papel que no fuera el de la casa. Solamente se permitía relacionarse entre miembros del mismo sexo. No obstante, las damas y las jóvenes eran más permeables a las modas extranjeras que los varones. Los viajeros con frecuencia se refieren a los vestidos y prendas europeas que usaban y las convertían en árbitras de la elegancia. Sin embargo, todavía, según Harold Lee, el ideal de belleza de las damas de las clases altas, aunque también de los caballeros, era la gordura. El ser delgado entre ellos no era bien visto⁵. Un aspecto físico que contrastaba con la delgadez de las mujeres de las clases bajas, según percibió su compatriota Frances Latimer. Pero, en general, los aires europeos tuvieron poca penetración en el mundo de las mentalidades. Por tal razón, las jóvenes *ladies* isleñas anhelaban la libertad y formas de vida de sus congéneres extranjeras.

Lee se ocupó de los códigos morales que se aplicaban a las mujeres. Eran mucho más estrictos sobre las mujeres de las clases medias que cualquier otra clase social. La insistencia en la virtuosidad de la mujer de la clase media respondía también a una exigencia económica. Si alguna mujer pretendía tener un novio —afirma Harold Lee— la familia de ella lo inspeccionaba para ver su carácter personal y si era un buen partido comercial⁶. En esta época, el matrimonio era de conveniencia. Esto no quiere decir que no se produjeran auténticos matrimonios por amor, pero en líneas generales, se daba prioridad a los intereses económicos. Como hemos señalado, el aprecio a la gordura era un elemento positivo para las mujeres, entre otras razones porque facilitaba un casamiento mejor. Por tal razón, las jóvenes abundantes en carnes casaban mejor. Se daba el caso que para conseguir la exuberancia anatómica, se les hacía engordar —según Thomas Debary— «tanto como sea posible para intentar y fomentar el buen ver de las mujeres a

punto de casarse». Harold Lee destaca que después de aceptado el novio, las prohibiciones seguían siendo severas. Él podía visitar la casa, pero las visitas se celebraban solamente en el zaguán y en presencia de la madre, tía, hermana mayor o alguna otra persona que viva en la casa. Sin la presencia de una de estas «guardianes del honor» tales cortejos no se podían realizar. La inmensa mayoría de los viajeros destaca la otra forma curiosa de enamorar en los postigos de las ventanas. En este caso el novio no entraba en la casa, sino que «permanecía de pie en la calle, debajo del postigo con una hoja media levantada, mientras la novia estaba sentada por dentro en el asiento de la ventana». En muchas ocasiones permanecían callados horas y horas, mientras en otras «hablaban en voz baja para que no les oyeran en la calle». Sin embargo, si el novio de pie en la calle alcanzaba la ventana, entonces la mujer no podía estar sola enamorando y ella se veía obligada a tener la compañía de alguien de la casa⁷.

Elogió el viajero británico a los zapateros por las botas que fabricaban; a los carpinteros por la realización de balcones, puertas y ventanas de pino canario; destaca que en La Orotava la mayoría de las casas tenía hornos en la cocina para hacer pan y los molinos proporcionaban la harina molida de trigo para realizarlos; la cantidad de mendigos adultos deambulaban por las calles, y junto a ellos estaban los niños, muchos fumando, sin zapatos ni calcetines. En fin, un retrato de la sociedad canaria de sumo interés. *Madeira and the Canary Islands, a handbook for tourist* es un libro interesante por su contenido, además por sus dibujos (16 en total) y una copia del original se encuentra en el Fondo de Canarias de la Biblioteca de la Universidad de La Laguna.

NOTAS

¹ GARCÍA PÉREZ, José Luis (1988). *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX*. Caja de Ahorros. Santa Cruz de Tenerife. p. 103/GONZÁLEZ LEMUS, N. (1998). *Viajeros victorianos en Canarias. Imágenes de la sociedad isleña en la prosa de viajes*. Cabildo Insular de Gran Canaria. p. 298.

² LEE, Harold (1888). *Madeira and the Canary Islands, a handbook for tourist*. Liverpool. Lee and Nightingale.

³ *Ibidem*. p. IV.

⁴ SHUBERT, Adrian (1991). *Historia social de España (1800-1990)*. Nerea. Madrid, p. 56.

⁵ LEE, H. (1888). p. 35.

⁶ *Ibidem*. p. 30.

⁷ Ibidem. p. 32